

## 8

# La piedra angular de la doctrina de nuestra fe

*Jesucristo, ¿hombre y Dios en uno solo?*

Quien desde niño haya respondido a esta pregunta con un: «pero, así es, por supuesto», y tampoco tenga ningún problema en llamar «Madre de Dios» a la madre de Jesús, se extrañará y hasta irritará al ver puesta esta fórmula del Credo, entre signos de interrogación. ¿Quiere decir que Jesús ya no es de veras Dios para los creyentes de la modernidad? Si es así, ¡no merecen el nombre de creyentes! ¡Esta confesión de fe es la piedra angular de nuestra doctrina de la fe! El Concilio de Calcedonia definió solemnemente en el año 451, que en la única persona de Jesús de Nazaret hay dos naturalezas unidas: una divina y una humana, sin mezcla ni separación entre ambas. Desde entonces, esta confesión es considerada como prueba decisiva de la pertenencia a la gran comunidad cristiana. ¿Puede entonces un cristiano, dejar de lado esta confesión y continuar sintiéndose honradamente un miembro auténtico de esta comunidad? Por muy extraño que esto pueda ser, la respuesta es afirmativa: puede hacerlo porque lo uno no contradice lo otro. Pero sólo se lo podrá ver y afirmar si se acepta examinar sin prejuicios el origen, el desarrollo y el alcance de esta fórmula de fe.

*¿Piedra angular de nuestra confesión de fe?*

Y hablando de piedra angular. ¿Qué sería lo que para nosotros tendría el valor de piedra angular de nuestra fe como cristianos? Precisamente aquel mensaje de salvación existencial que los discí-

pulos de Jesús en su encuentro con este auténtico judío han «visto», experimentado y luego anunciado.

Ser cristiano es asumir una actitud vital de fe en aquel hombre de Nazaret, que evidentemente fue mucho más que sólo un hombre de Nazaret o sólo un sanador milagroso, pues según todo lo que parece, fue el Mesías de Dios, largo tiempo esperado. Ser cristiano no es adherir a una doctrina de sabiduría o a una filosofía. Lo que una fe como ésta puede significar, es algo como lo que uno podría sospechar cuando observa la reverencia con que un musulmán trata a Mahoma. Una fe todavía más profunda en Jesús-Mesías, es la que después de su muerte reunió a aquéllos que creyeron en él, en una comunidad muy especial llamada iglesia. Por eso es que desde entonces, el criterio de pertenencia a esta iglesia es la relación con ese Jesús. Lo decisivo no son los títulos que se le atribuyen, sino la sinceridad y profundidad con que lo veneramos. Los títulos son solo una expresión de eso. Y, como todo lo que se expresa en palabras, están adornados y determinados por la psicología particular del que confiesa su fe y por las condiciones que ofrece el entorno cultural y temporal al que éste pertenece.

Hoy dependemos totalmente del testimonio de los discípulos en todo lo que ellos admiraron en Jesús, porque lo vieron con sus propios ojos. Además, estos testimonios son de segunda mano y están a una distancia de casi dos mil años de nosotros. De suyo esto no es tan desventajoso. En la misma situación está la historia de los emperadores romanos y nuestra certidumbre respecto a lo que sucedió en esos tiempos no disminuye. Pero en este caso, se trata de hechos que han sucedido en el mundo y por tanto, son históricos.

La excepción son las apoteosis de algunos emperadores, su entrada al panteón divino después de su muerte. Como hombres modernos, entendemos que éstos ya no son hechos, sino interpretación y honra mitológica de quienes los rodeaban y habían sido sus beneficiarios. En una cultura que pensaba en términos mitológicos, las bondades de un gobierno bastaban para confirmar la certidumbre de que los emperadores habían bajado del panteón divino hacia la tierra y volverían después de la muerte a su morada propia. Ahí es donde nos comienza a apretar el zapato. ¿No podría tratarse de una interpretación semejante e igualmente dependiente de la época la afirmación de que Jesús de Nazaret es un ser divino que desciende del cielo al pueblo de Belén, cerca de 750 años después de la fundación de Roma y que pasados unos 33 años, subió nuevamente a los cielos desde una colina cerca de Betania?

Por cierto que lo problemático no está en la afirmación de su naturaleza humana, ni en la afirmación del impacto extraordinario

que produjo sobre un gran número de sus contemporáneos y que sigue produciendo sobre muchos otros. El problema está en la confesión de que ese «hombre verdadero» era al mismo tiempo «verdadero Dios» y en su aparición en la tierra en forma humana.

### *Origen de esta confesión*

¿Dónde encuentra su fundamento aquella confesión de fe en la divinidad de Jesús que está enraizada en la tradición cristiana desde el Concilio de Nicea (en el año 325)? Porque no se apoya en los milagros de Jesús. Y los milagros que el Antiguo Testamento vincula con la venida de los profetas Elías y Eliseo no son menores que los que se cuentan sobre Jesús, pero no por ello fueron considerados dioses. Ni tampoco se consideró ni veneró nunca como a un dios hecho hombre a Apolonio de Tyana, el sanador milagroso pagano, contemporáneo de Jesús. Por otra parte, los milagros, en cuanto intervenciones de un poder divino en los acontecimientos humanos, suponen una manera heterónoma de pensar el mundo, en la cual la idea de leyes naturales inmutables no cumple ninguna función. Para el hombre moderno, lo que burla las leyes naturales es considerado como algo mitológico. Y la mitología ya se agotó.

Una vez que los milagros son rechazados como argumentos o pruebas de la divinidad de Jesús, podemos continuar preguntándonos. Si nos remontamos a las fuentes más cercanas de la actividad y trágico fin de Jesús, lo primero que nos llama la atención es que él nunca se tuvo por un ser divino, ni mucho menos por la „segunda persona de la Santísima Trinidad«. Más aún, podemos observar que la confesión de su divinidad aparece sólo 60 o 70 años después de su muerte, pero nunca durante su vida. Es probable que se trate de una interpretación de la comunidad eclesíástica de fines del primer siglo, teniendo en cuenta que ésta no era la misma de los primeros años.

No debemos olvidar que el año 70 después de Cristo los romanos devastaron completamente la ciudad de Jerusalén, y su ruina trajo consigo el fin de la comunidad judeocristiana local, la que había jugado un papel importante en la gran iglesia. Al mismo tiempo, eran menos los nuevos miembros provenientes de la cultura judía, al paso que la comunidad cristiana había crecido de golpe, pues los no judíos habían comenzado a llegar a ella ya en la mitad del primer siglo.

El carácter judío de la iglesia y de su anuncio se fue perdiendo cada vez más con la extinción progresiva de la primera generación de cristianos que eran casi todos judíos. Mientras tanto iban ganando lugar las representaciones y expectativas de los neófitos provenientes del paganismo helénico, lo cual tuvo consecuencias muy significativas. En la cultura judía tardía, donde se acentuaba la trascendencia

absoluta e infinita de Yahvé no había lugar para un dios-hombre, a lo más para un „hijo de Dios« metafórico, y naturalmente también lo había para un Servidor de Dios, un Cordero de Dios, un Ungido de Dios. La iglesia de los primeros siglos utilizó este lenguaje figurado como otro de los tantos ensayos para encontrar una expresión adecuada que relevara el aura divina de la figura humana salvífica que era Jesús. A estos judíos convencidos nunca se les ocurrió llamar Dios a Jesús, ya que este nombre pertenecía exclusivamente a Yahvé. Con la afluencia de quienes provenían del paganismo esto se fue modificando progresivamente.

En la cultura pagana había espacio de sobra para semidioses humanos y la distancia entre éstos y los dioses del panteón helenístico, representados y pensados también como humanos, era bastante poco significativa. La iglesia siempre piensa y habla necesariamente en el marco global de la cultura a la que pertenece, pues está compuesta por hombres que encarnan esa misma cultura. A través de una fórmula gramatical sencilla, podemos ver la diferencia que existe entre la representación de Dios que se hace un judío y la de un pagano. Para un judío, „Dios« era siempre sujeto, en cambio para un pagano, „Dios« era siempre el predicado. Y éste, podía acompañar a muchos sujetos. Decir que Jesús era Dios, era poner a „Dios« como predicado del sujeto Jesús, lo que era impensable para un judío. Sólo de Yahvé se habría podido decir que era Dios, pues sólo en este caso el sujeto „Dios« podía ser también predicado, dado que ambos son idénticos y por tanto intercambiables. Sin embargo para un pagano convertido, no era de ningún modo impensable poner a „Dios« como predicado del sujeto Jesús, ya que en el mundo helenístico, „Dios« no significaba el „Creador del cielo y de la tierra«, sino un habitante del mundo superior, que estaba caracterizado por los atributos de poder, juventud eterna e inmortalidad. (La *Iliada*, que puede considerarse como la Biblia de la antigüedad clásica, llamaba a los dioses sencillamente „los inmortales« y les atribuía la facultad de mezclarse libre y soberanamente en los asuntos humanos, interfiriendo en ellos y administrándolos).

Todo esto se adecuaba maravillosamente con la honra que se le daba a Jesús. Había héroes como Hércules, el vencedor del monstruo, o Esculapio, el sanador, que eran venerados como dioses e incluso hombres, como el emperador Augusto, que en el imperio romano eran contados entre los dioses. Por todo ello, alguien que entraba a la iglesia viniendo del paganismo no tenía ningún problema en reconocer y honrar como dios al vencedor del mal y al salvador y sanador. Este, se había hecho merecedor de este título cien veces más que todos los héroes y dioses del panteón helenístico.

Esa manera de hablar sobre Jesús habría extrañado y hasta irritado a Pablo y a los sinópticos que vinieron después de él. Llamar „Dios« a Jesús debió haberles sonado como una temeridad y hasta una blasfemia. Porque sólo Yahvé era Dios y sólo a él había que llamarlo así, a nadie más. Esta convicción excluía claramente la manera de hablar de los paganos convertidos en la primera mitad del siglo I. Por lo demás, ellos eran los recién llegados y no deberían presumir de saber más que los antiguos dueños de casa en la iglesia, que eran los judíos convertidos.

Es cierto que en el judaísmo tardío –quizás por influencia helenística - había una tendencia a referirse a algunos atributos de Yahvé, como su sabiduría, su espíritu o su Lógos - que era su palabra y su pensamiento – como seres divinos pero dependientes de Yahvé, cercanos a él. Pero esto se debió sólo a la penetración victoriosa del elemento helenístico en la iglesia y al retroceso de la antigua tradición judía dominante: ambos fenómenos permitieron que se le llamara Dios a Jesús, primero en forma eventual y luego de manera más constante. Esto explica por qué la confesión de la divinidad de Jesús en el Nuevo Testamento no aparece antes de fines del siglo primero. Y aún entonces no es un fenómeno masivo ni dominante. Para el autor del cuarto evangelio, fechado en el cambio de siglo, el Padre continúa siendo siempre mayor que Jesús. Tampoco deja que Tomás se dirija al resucitado con las palabras „Señor y Dios« sin más, sino que les añade una pequeña restricción: „mi Señor y mi Dios«. Estas palabras son el eco del título „Señor y Dios« con el que se debía saludar al emperador Domiciano en los años 90. Para los cristianos, el emperador no es el verdadero Dios, sino más bien Jesús. Esto justifica también la sospecha de que aquí - la palabra „Dios« - va teniendo el mismo sentido que el título reclamado por Domiciano para sí, y no el sentido judío.

En el primer cuarto del siglo II ya es corriente llamar Dios a Jesús. Las cartas de Ignacio de Antioquía no dejan ninguna duda al respecto. El administrador provincial de Bitinia, el conocido escritor Plinio el Joven, también atestigua lo mismo. En un interrogatorio judicial hecho a cristianos presos en el año 114, él oye que „cantan himnos en honor de Cristo, como a un Dios«. Para esos cristianos, nombrar a Cristo como Dios era una expresión de honor y devoción, pero no una frase teológica sobre su unidad esencial con el Padre, como fue establecido dos siglos más tarde en el Concilio de Nicea.

### *El problema de los dos dioses: Yahvé y Jesús*

Tomó un tiempo para que, pese a su monoteísmo fuertemente afirmado, las implicaciones teológicas de una confesión que vene-

raba a Jesús como (un) Dios junto a Yahvé, se hicieran conscientes. En el antiguo Testamento, en las cartas auténticas de Pablo y en los evangelios que surgieron poco después, el título de Dios quedó estrictamente reservado para Yahvé.

¿Cómo se compaginaba con ello la costumbre piadosa de «cantarle himnos a Jesús como a un Dios»? Durante un siglo, nadie pareció incomodarse por ello. Se creía en Dios, se creía en Jesús y eso bastaba.

Recién en el siglo III la iglesia afirmó el pensamiento filosófico e hizo ensayos para armonizar teológicamente los dos títulos. Pero la falta de perspectiva histórica le impidió tomar conciencia de que estaba mezclando desordenadamente dos representaciones diferentes con sus respectivos sistemas lingüísticos. Sus filósofos no percibieron que la palabra «Dios» tenía dos contenidos muy diferentes, uno judío, el otro helenístico, y por eso, los ensayos de armonización estaban condenados al fracaso. En las palabras de la Escritura que se utilizaron en el siglo III para confesar la divinidad de Jesús se leía o escuchaba automáticamente el concepto de Dios del Antiguo Testamento. Los lectores y auditores de entonces no tenían otro Dios, pues los dioses de la antigüedad habían caído en desuso o habían sido degradados al rango de demonios. En consecuencia, les parecía que la esencia divina de Yahvé debía valer también para Jesús.

Pero ¿cómo era posible confesar a Jesús como Dios sin romper con la unicidad de Yahvé, acentuada en cada página de la Escritura? Un siglo duró la búsqueda de una solución aceptable y fue una obra de pensadores más que de orantes y confesantes. Porque estos últimos habían honrado a Jesús como Dios durante cien años, sin hacerse preguntas sobre el contenido de este título. Las indagaciones cristianas desembocaron en el año 325 en el Credo del Concilio de Nicea que dice: «(creo en) Jesucristo, hijo único de Dios, nacido desde siempre del Padre, Dios de Dios, Luz de luz, Dios verdadero del Dios verdadero, engendrado, no hecho, de una sola naturaleza con el Padre». Por cierto que estos textos anunciados tan solemnemente, carecían de todo fundamento en la experiencia. Porque ¿cómo podría aquella asamblea de teólogos tener conocimiento de la vida interior del misterio indecible que llamamos Dios? Pretendían apoyarse en palabras y fórmulas de la Escritura a las que miraban como palabras de Dios, caídas del cielo. Desgraciadamente, estas palabras parecían contradecirse, pues por una parte proclamaban que Yahvé era el Dios único, y por otra, aunque sólo raras veces, decían que Jesús era Dios. Pero, ¿no podría ser que Jesús fuera el mismísimo Yahvé bajado del cielo? Pero Dios no puede contradecirse. Entonces

el Concilio consideró que su doctrina sobre el nacimiento de Cristo desde el Padre, antes de todos los tiempos y sobre su unidad esencial con el Padre, eran una solución elegante para tal contradicción.

Así se lo pensaba, pero en realidad lo que hizo el Concilio en primer lugar, fue dar prueba de un finísimo conocimiento filosófico que fue utilizado para leer la Escritura, pero para nosotros ha llegado a ser insostenible. En ese momento se pretendió haber cortado un nudo gordiano. Pero en realidad fue un esfuerzo por resolver una contradicción que en realidad no existía. Por eso, la solución de Nicea trajo consigo su ruina. Y ésta misma es la que hoy día hace crisis.

Hay que admirar la tozudez con que durante varios decenios, los teólogos de entonces trataron de reconciliar el monoteísmo judío con el politeísmo helenístico, y la genialidad que mostraron para encontrar soluciones. Pero la ciencia histórica moderna y la crítica bíblica han puesto en claro la relatividad de esos resultados. Todo ello nos obliga a buscar una nueva formulación que exprese la experiencia de fe de los primeros discípulos y de los que los siguieron, en el encuadre y bajo los presupuestos de la modernidad. Para ello se requiere (como se ha demostrado en capítulos anteriores) que superemos el esquema de dos mundos distintos, y que dejemos de lado aquellas formulaciones que, al hablar de Jesús, se basan en esa división, para reemplazarlas por otras nuevas pertenecientes a este mundo, si bien nacen de la misma experiencia de fe. Tan importante como eso es tener una forma distinta de leer la Escritura, sin considerarla como un libro de oráculos, sino como la decantación de ensayos tentativos de una comunidad que busca expresar razonablemente aquello que supera a las palabras.

### *La búsqueda de una forma de hablar adecuada a los tiempos*

Para encontrar una forma de expresión adecuada para los tiempos, debemos examinar desde su origen la costumbre de llamar Dios a Jesús y de atribuirle una naturaleza y propiedades correspondientes. ¿Qué entendían los cristianos del comienzo del siglo II con ese título? Con él confesaban la trascendencia de Jesucristo, entendiéndola como una particularidad de todos los seres que en su tiempo eran venerados como dioses. Las palabras son como monedas: tienen un valor exactamente determinado por la sociedad que hace uso de ellas. Lo mismo pasa con la palabra Dios. Debemos recordar que los cristianos de fines del siglo I no conocieron a Jesús personalmente. Al llamarlo Dios, no lo hacían como resultado de un encuentro histórico con él, donde hubieran sentido de una manera impresionante que estaban delante del único, eterno, todopoderoso, deslumbrante,

tres veces santo Yahvé, el mismo que había visto Isaías en su visión vocacional. Lo único que hacían era darle un nombre adecuado para la época, que expresara la imagen que se habían formado del venerado Jesús.

¿Dónde habían obtenido esa imagen? En la predicación que se hacía sobre él, en la experiencia de una sanación existencial y en un nuevo nacimiento interior del que se habían hecho partícipes como fruto de su aceptación del mensaje. Por mucho que Jesús fuera hombre, según su modo de ver, no pertenecía a este mundo decepcionante, sino a otro mundo más alto, el divino. Al llamarlo «Dios», los creyentes del siglo II acentuaban que él había superado las limitaciones humanas, al igual que lo habían hecho los dioses del bien conocido panteón helenístico: era inmortal, no envejecía, no podía sufrir más, estaba eximido de las leyes de la existencia terrestre, podía intervenir castigando o premiando, podía salvar y condenar, tenía derecho a ser venerado, cuidaba a quienes lo honraban y accedía a sus peticiones. Y además regalaba vida eterna después de la muerte – esto es, participación en la propia divinidad (entendida de manera helenística) - a quienes se confiaran en él, o, como se decía, a «quienes creían en él». Traducido concretamente, esto era el cielo, entendido como la vida de los dioses del Olimpo, una existencia paradisiaca en gozo eterno y sin trastornos.

La mayoría de las características que el helenismo vinculaba con el concepto de «Dios», y en primer lugar el segundo mundo al que pertenece este concepto, están condenadas a muerte en el clima del pensamiento moderno. Es cierto que al encontrarnos con el viviente Jesucristo hoy día, podemos tener experiencias semejantes a las de los cristianos venidos del paganismo en el siglo II, pero si las formulamos, al revés de ellos ya no podremos utilizar la expresión Dios. Nuestra tradición judeo-cristiana hace que, bajo esta expresión, entendamos otro nombre de Yahvé. Y justamente Jesús no era Yahvé. Por eso no podremos seguir llamándolo Dios sin tener problemas, entonces debemos ensayar otras formas para expresar lo que entendían los paganos venidos a la fe, esto es, que para nosotros él es una fuente transcendente de salvación y de renovación, es decir, que en cuanto tal supera todas las cosas. Se trata de un nuevo lenguaje para una misma experiencia, no de un nuevo contenido de la fe, rebajado de alguna manera con el fin de no espantar a un público moderno. Esta mutación lingüística no tiene porque poner en riesgo la autenticidad de nuestro ser cristiano.

Entonces, ¿qué podemos decir de Jesús de Nazaret? Podemos volver al lenguaje de los testigos del primer siglo, antes de que la

iglesia comenzara a atribuirle un estatuto divino. No se trata de un nuevo lenguaje, sino del lenguaje de las capas más antiguas del Nuevo Testamento, al que vuelve y recurre constantemente la liturgia. Los primeros cristianos, apoyándose en el Antiguo Testamento, nombraban a Jesús Señor, Salvador, Cristo (Ungido, Mesías), hijo del hombre, siervo de Yahvé, cordero de Dios y sobre todo hijo de Dios, entendiendo por hijo la imagen de Dios, su representante, su elegido. Podemos continuar haciendo esto tranquilamente.

Es cierto que con el título de «hijo de Dios», en nuestros oídos resuena automáticamente el Credo trinitario posterior. En la medida de lo posible, deberíamos filtrar este sonido porque no hay nada que nos prohíba entender este título como lo entendieron los que lo usaron en su origen. Tenemos formulaciones valiosas del tiempo de la transición. Las encontramos sobre todo en el cuarto evangelio, escrito alrededor del año 100, que fue testigo de los primeros y vacilantes intentos por llamar Dios a Jesús. Este cuarto evangelio llama a Jesús el camino, la verdad (en el sentido de autenticidad, credibilidad, realidad, no de corrección), la vida, la palabra de Dios, la luz del mundo, la vida verdadera, el pastor, el pan de vida. Y ha acuñado una fórmula genial según la cual quien ve a Jesús, ve al Padre, el cual es más grande que él.

Los antiguos creyentes expresaban en esta variedad de formas lo irremplazable que era Jesús para sus vidas. Nosotros también podemos hablar así. La pluralidad de otros tiempos es una prueba de que no hay una imagen ni un título únicos, que sean capaces de agotar la riqueza de todo lo que reconocía en Jesús la primera generación de sus discípulos. Por eso les fue más fácil venerarlo permanentemente con el título de «Dios», porque significa todo aquello y a la vez lo supera.

En esto último no tenemos necesidad de seguirlos. Podemos ser cristianos creyentes aún sin ello. Si el Credo es el signo distintivo de que pertenecemos a esa comunidad que cree en Jesús como el Cristo y Mesías de Dios, entonces basta con la fórmula corta occidental que se dice los domingos después de la homilía. Ella es una garantía para la ortodoxia de quienes se hallan incómodos en la formulación helenística. En este Credo occidental a Jesús se le sigue llamando hijo único de Dios y Señor, sin exigir que ninguno de esos títulos sea interpretado en el sentido de los cuatro grandes Concilios de los siglos IV y V, Nicea (325), Constantinopla (381), Éfeso (431) y Calcedonia (451). El título de hijo de Dios y Señor respira aún hoy día el espíritu del tiempo de las controversias cristológicas y trinitarias en que nació como confesión de fe.

*¿No estamos traicionando la tradición?*

Como cristiano ¿puede uno despedirse de las expresiones de los cuatro primeros Concilios y abandonar confesiones de fe que han pertenecido durante más de 15 siglos al depósito central de la fe de todas las iglesias y denominaciones cristianas?

Sí, se puede, pero a condición de que uno perciba y comprenda el origen cultural de estas fórmulas, de manera que guarde lo que es esencial y permanente en ellas. Lo esencial no es que a Jesús se le reconozca o atribuya la categoría conceptual de «Dios», sino la confesión de que sustentamos nuestra esperanza de salvación absolutamente en nuestra fe en él, porque reconocemos en él el acercamiento salvador de Dios y recibimos realmente esta salvación de él. Tal vez Jesús aparece como superior y más allá de lo humano cuando se lo muestra con el revestimiento filosófico de la «segunda persona de la Trinidad divina». Pero, ¿será por ello más salvador nuestro que cuando se lo ve y cree en él como lo vieron y creyeron sus primeros discípulos y la iglesia de los primeros decenios? Hay ciertas fórmulas que promueven esta fe y podemos pensar que es lo mismo que hicieron las expresiones de los cuatro primeros concilios y no han cesado de hacerlo ... hasta ayer. Pero hoy ya no lo consiguen más. El ámbito de pensamiento en el que nacieron se ha vaciado completamente de su contenido debido a la modernidad. Entonces no tiene ningún sentido seguirlas manteniendo a cualquier precio. Es mejor abandonarlas y adoptar otras que nos signifiquen mejor lo que podemos entender.

Quien de todas maneras continúe teniendo temor de abandonar la confesión de fe tradicional, debería preguntarse ¿qué es más importante: llamar Dios a Jesús, (a menudo solo para golpear a alguien que no lo hace), o llamarlo de un modo tal que incorporando sus excelencias y maneras de ver, abandone el bien absoluto de la autodeterminación y libertad propias y se deje determinar completamente por él? El ser humano tiene derecho a abandonar ese bien absoluto, sólo cuando encuentra algo superior o cuando encuentra lo trascendente sin más. De ese modo se reconoce la trascendencia de Jesús. Porque lo que vale realmente no es lo que uno piensa y dice, sino lo que hace.

Decir en palabras que Jesús es Dios y no orientarse según él en todas las cosas, es afirmar en los hechos lo contrario de lo que se dice. Por cierto que no hay que mirar en menos o echar por la borda todas las formulaciones. Lo que se decantó en ellas no es sólo el fruto de un pensamiento agudo, sino que da cuenta de una vinculación profunda con Jesucristo y refleja una gran preocupación por hacer

que el agua llegara a la gente de antes, por los canales de antes. Pero atención: a la gente de antes...

La autoridad de aquellos cuatro concilios como testigos importantes de las visiones teológicas de aquel tiempo, puede continuar fuera de crítica. Pero permanece la pregunta de principio: ¿puede pertenecer al mensaje cristiano algo, por el solo hecho de que los obispos allí reunidos (una pequeña minoría de los miembros de la iglesia) hayan pensado que todo miembro de la iglesia debería pensar así, so pena de excomunión? No debemos olvidar que esos obispos respiraban y pensaban en una cultura en la cual la división de la realidad en dos mundos paralelos era evidente. En ese contexto era totalmente posible pensar que Dios bajara condescendiente desde su mundo y asumiera la naturaleza humana, por muy asombroso y sorprendente que parezca. A ellos les faltaba comprender el origen histórico que tenía la piadosa costumbre litúrgica de venerar a Jesús como a Dios. Todo esto relativiza de antemano sus percepciones, sus persuasiones y también sus anatemas. Además, esos Obispos, inconscientemente, leían las Sagradas Escrituras, como un libro de oráculos que entregaba argumentos legitimados por Dios mismo para sus opiniones teológicas. Y como ya se ha explicado, ello no sucede así.

Las circunstancias de los tiempos influyeron en el origen de las antiguas fórmulas dogmáticas. Ello queda demostrado entre otras cosas en el hecho de que el Concilio de Nicea fue convocado por el autocrático emperador Constantino el Grande, quien incluso lo presidió, sin siquiera ser cristiano. Para él lo importante no era el cuidado de la verdad cristiana o la pureza dogmática, sino la unidad del Imperio y tenía claro que las disputas incesantes sobre preguntas dogmáticas amenazaban con dañarla seriamente. Por eso se puso al lado de la gran mayoría.

En estas circunstancias, atreverse a no suscribir la fórmula dogmática de Nicea era correr el riesgo de ser depuesto y exiliado. Pero, ¿cómo juzgaríamos ahora la validez o el valor de un Concilio convocado por Vladimiro Putin quién también presidiera sus sesiones y en el que se decretaran castigos que amenazaran a quienes se opusieran a sus ideas? El Concilio de Efeso también fue convocado por el emperador y degeneró en una lucha amarga entre mayorías y minorías. En las sesiones el clima de diálogo era poco edificante, los dos partidos se excomulgaban mutuamente y el victorioso Cirilo de Alejandría denostó al piadoso Nestorio, perdedor, como un nuevo Judas. En ese ambiente lo importante no era encontrar la verdad, sino salir victorioso.